

LO REVISIONARIO

Las reformas estatales no parecen topar con dificultades para modificar de repente los hábitos políticos. Tal opinión se encuentra en casi todas las introducciones a los tratados de derecho público. Pero el mero cambio de las leyes políticas no lleva consigo el de los modos de concebir el poder y practicarlo, salvo que vaya acompañado o proseguido de una revisión de las bases culturales del Régimen derogado. El éxito de la Reforma Política impidió aquí tal cosa.

Si el proceso de revisión se produce en la Sociedad antes de que cambien las leyes políticas, y éstas son consecuencia de aquél, entonces, y sólo entonces, tiene lugar el tipo de transición que llamé «ruptura democrática», por similitud con la ruptura de los paradigmas científicos de khun. Acuéñe y divulgué esta expresión (no la de «salto democrático», como me sugería la transición del estadio ético al religioso en Kierkegaard) para acentuar el tono revisionario de la oposición al franquismo sociológico. La idea de Ruptura democrática implicaba la del modo pacífico de hacerla y la de un Sistema de poder que superase los propósitos solamente revisionistas del franquismo político.

Triunfaron los revisionistas del Régimen y los revisionistas de la oposición, o sea, los simples revisores del modo dictador de mandar en el Estado. Por eso convergieron en un consenso de no revisión del pasado cultural, mediante un pacto de silencio que posibilitó el reparto de los poderes estatales y la conservación de los rangos sociales según los criterios de la dictadura. Y fracasó el revisionismo del sistema de relevancias impuesto por el modo de prevalecer la dictadura en la Sociedad. Favoritismo cultural de lo mediocre, que aún prevalece. Estructura comercial de la literatura. Premio al demérito. Miedo a la inteligencia.

Salvo en LA RAZÓN, la cultura crítica propia de la libertad de pensamiento está excluida de los medios informativos. La libertad de expresión sólo ampara a la variedad de estilos que manifiesta el pensamiento único de la política, y al marco de relevancias culturales en la Sociedad del Estado de partidos. Tan exótica es en ella esta página, como la irrupción de la «Fiera Literaria». La libertad de crítica al consenso reverente de las relevancias consagradas era desconocida en España desde la Guerra Civil. No sabemos aún si esta crítica destructiva (si no lo fuera no sería crítica) obedece a un mero propósito revisionista de los rangos inmerecidos, que sólo tienen valor ostensible, o a una voluntad revisionaria de los falsos valores del sistema de relevancias.

Con la reforma pactada del Régimen, triunfaron los heterodoxos de la dictadura y de la oposición. Los desviacionistas de su doctrina anterior. Los renegados de su pasado político. Los perjuros de sus compromisos públicos. Los liquidadores de los ideales que animaron sus vidas de poder o



de oposición. Los engañadores de sus partidarios. Los revisionistas que podemos llamar propiamente neofranquistas, como se llamó neomarxista al socialismo occidental que siguió el revisionismo de Bernstein.

El fracaso de la Ruptura supuso el naufragio de la libertad cultural. La libertad política exigía no sólo una Constitución de la democracia formal, sino además una revisión correctora de los falsos valores culturales que habían sostenido tanto tiempo a la dictadura. Los rupturistas éramos pues revisionarios porque queríamos mejorar la estructura del pensamiento social acerca del mundo político y cultural, sin limitarnos a un cambio de fachada.

Frente al revisionismo de la Reforma, la Ruptura seguía tácticas políticas sometidas a una estrategia revisionaria del sistema cultural. Revisionaria como en la metafísica cartesiana respecto a la escolástica o en la marxista ante la hegeliana. La «Fiera Literaria», ¿es revisionista o revisionaria?

Antonio GARCÍA TREVIJANO

EL MALO DE LA PELÍCULA

Sostiene el espía militar que en su gremio, como en cualquier otro, hay malos, buenos, listos y, aunque parezca mentira, también existen espías tontos o sordos. Y precisamente a uno de éstos últimos atribuye el amigo de Juan Bravo el intento de hacer cargar a Milosevic con la responsabilidad del «síndrome de los Balcanes».

Es cierto que del árbol caído todo el mundo saca leña y que Milosevic es el gran derrotado (primero fracasó en el campo de batalla por la OTAN y después en las urnas). Y es igualmente cierto que se trata de un peligroso individuo que algún día deberá comparecer ante un tribunal internacional como criminal de guerra. Pero de ahí a culparle de los

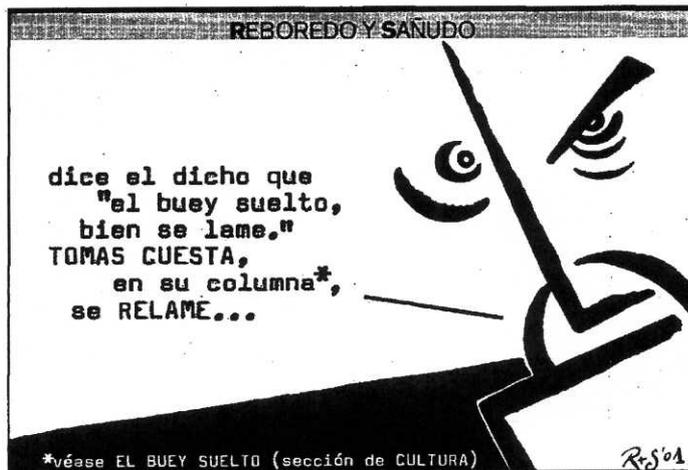
«El bandido y el hombre poderoso que promete a una comunidad protegiera del bandido son dos seres similares, con la única diferencia de que el segundo toma su beneficio de una forma distinta que el primero». Nietzsche realizó estas reflexiones, en las que la vocación política y la vocación criminal llegan a identificarse, en «El viajero y su sombra». Es una reflexión antigua pero extraordinariamente vigente. Los líderes políticos y los capos del crimen comparten un ego agresivo que los impulsa a modificar su entorno y a mandar. La pasión de mandar e imponerse forma parte del alma y de la sangre del líder político y del jefe criminal. Freud identificó, dentro de un mismo tipo narcisista, a los individuos dotados de un ego agresivo, capaces de servir de sostén a los otros, y asumir el papel de líderes o de atentar contra lo establecido. Son gente obsesionada con el poder. Si prosperan en la vida política y no encuentran controles u obstáculos suficientes, se convierten en tiranos u oligarcas de la peor especie. Son mucho más peligrosos que sus «colegas» que se dedican al crimen individual porque no han podido o sabido canali-



zar su vocación de poder a través de la actividad política o socio-económica. Los líderes políticos suelen estar programados y capacitados para el crimen organizado y no dudan en convertirlo en instrumento de su poder si las circunstancias se lo permiten. Pero así como el capo mafioso no tiene por qué disimular u ocultar la naturaleza, el carácter o el fin de su actuación, el líder político se ve obligado a una continua mixtificación. Su disfraz es siempre el servicio al Estado o a la comunidad. La razón de Estado es su adarga. El bien público, su lanza. El recurso a la «ética de la responsabilidad», la oportunidad o la conveniencia de la «res publica», su mejor cota de malla. Son, como pensaba Sócrates, misólogos y misántropos. Como se ve, perfectamente intercambiables con jefes o padrinos de bandas mafiosas, camorristas o pandilleros. El conde León Tolstói describió con singular crudeza las cuatro funciones esenciales del poder: corromper, seducir, intimidar y embrutecer. Tanto al que lo ejerce como a los gobernados, sean o no conniventes con ese poder. Son funciones claramente atribuibles al poder de mafias y organizaciones criminales de todo tipo. Como ha recordado el maestro García Trevijano, «la naturaleza produce más candidatos al sacrificio de mandar sobre los demás de los que la sociedad necesita». La eliminación de la élites sobrantes, mediante el crimen, la Guerra Civil o el linchamiento moral no es suficiente. El remanente es siempre excesivo. Sobre todo en sociedades dispuestas a obedecer y someterse.

La obediencia es socialmente contagiosa. A los individuos aislados les resulta provechoso no desviarse de las pautas sociales y las masas sienten una admiración instintiva por la personalidad autoritaria. Cuando la autoridad dice inspirarse en motivos éticos o trascendentes, hasta su sadismo y ensañamiento merece la aprobación general. El poder encuentra con gran facilidad auxiliares y sayones predisuestos al crimen. Los convierte rápidamente en «servidores del Estado» y les otorga el derecho a delinquir. La gran mayoría se abraza al poder criminal pretextando exigencia de seguridad pública y privada. O miedo insuperable. Son meras supercherías. Como advertía Benjamin Franklin, «los que abandonan una libertad esencial por una seguridad mínima y temporal, no merecen ni la libertad ni la seguridad». Los capos del poder político y del poder mafioso encuentran en ellos aliento y estímulo para continuar imponiendo, con absoluta impunidad, su rapacidad, su codicia, su demencia represiva y su real gana. Nada mejor para combatirlos que la fórmula azañista. «Tengo la soberbia de ser ardientemente sectario. En un país como este, enseñado a huir de la verdad, a transigir con la injusticia, a refrenar el libre examen y a soportar la opresión ¿qué mejor sectarismo que seguir la secta de la libertad?». Pero la secta y la mafia son propias del poder. La libertad política no tolera mafias ni sectas.

Juan BRAVO



*véase EL BUEY SUELTO (sección de CULTURA)

Joaquín NAVARRO